

Así, pues, fuí verboso por idiosincracia y por contagio. Tarde vino a mí el ideal de la línea simple y pura, de la concisión lapidaria y divina, que hizo de Horacio y de Carducci dos maestros de la poesía eterna y sagrada, dura como el mármol y alta como los cielos.

Y sin embargo, así como es, frívolo y verboso este libro, quizás, lector, con sus evocaciones sonoras, entretenga tus aburrimientos, y dibuje en tu espíritu, con humo de ilusión, la hora vivida y la hora soñada por un poeta de antaño que escribía literatura de pompa de jabón para divertir a los muchachos de su tiempo.

Enero 1915.

LUIS G. URBINA.

## CUENTOS VIVIDOS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO



## HIJOS DE CÓMICA

---

A CARLOS DIAZ DUFOO.

5 de Enero.—Noche de Reyes. En las *tandas* del Principal, distraendo nuestros fastidios, mirábamos tú y yo, a tres chiquitines amodorrados que pugnaban, en la primera fila de una platea, por cometer el trágico crimen de Macbeth, por matar al sueño. Se conocía que estaban habituados a esta lucha terrible, a este formidable asalto de pugilato. El sueño, un negro gigantesco, un Billy Clark fanfarrón y engréido de su fuerza, no reparaba en que los niños eran más débiles que un tallo de lirio y más frágiles que una pompa de jabón; les pegaba papirotazos, con una crueldad inicua..... y, ¡claro!, ellos vacilaban sin querer darse por vencidos, en un combate heroico de lo más cómico que puede imaginarse. Estaban bien vestidos, ostentamente adornados, con plumas, perifollos y cintajos de matices fuertes: los dos muchachos, no más altos que Pulgarcillo, recordaban mucho, por la cabellera suelta a los lados y recortada sobre la frente, a los famosos *hijos de Eduardo* de Paul De-laroche, y ella, la más pequeña, un minúsculo figurín de la moda, abrumaba con un gran sombrero Luis trece, de pluma esponjosa y blanca, su cabeci-



ta de cromo, que emergía de una corola de raso azul. Era el suyo un atavío algo extraño, como de guardarropía, llamativo y deslumbrador, de elegancia teatral y artificiosa, propio para escandalizar, atraer las miradas y provocar cuchicheos y admiraciones.

—¿Quiénes son aquellos niños?—te pregunté contagiado por la curiosidad del público que encontraba una impresión nueva engarzada en el aburrimiento de «La Marcha de Cádiz.»

Y tú me respondiste haciendo ese gesto de ironía, incisivo y picante, que es como la máscara alegre con que se disfrazan tus amarguras.

—¡Pobrecillos! Son hijos de cómica.....

¡Ah! hijos de cómica! Ahora me explicaba el cuadro: en el fondo, la vieja de tápalo raído y cara enjuta y diabólica, como la de una bruja de Goya; sobre un asiento, una montaña de abrigos de mujer con un cráter de sombreros que vomitaba plumas y flores de trapo, y junto a la barandilla, en incómodas posturas felinas, aquellos tres muchachos que parecían una ilustración de almanaque de pared. Las madres debían de estar entre bastidores, vestidas de aldeanas aragonesas, y esperando la hora de desfilar por el tablado al compás de la «marcha de los naipes.»

Y nos pusimos tú y yo a hacer humorismo triste y deshilachado con aquel tema del momento. Se equivocan los *buenos burgueses* que creen a pie juntillas, que la maternidad de una hembra de teatro es una maternidad común y corriente. Desde luego, es el resultado de una historia de amor, muy vulgar, pero muy dolorosa, que deja hiel y disgusto en la vida de una de estas jóvenes histéricas que,

tras angustias y necesidades, toman el teatro como refugio de sus miserias y exposición de sus encantos y gracias. En general, cada mujercita lanzada así, a la buena de Dios, en el cuerpo de coros, entre seculares *suripantas* y apolillados comparsas, trae su cuento de Boccaccio o su historieta de Paul de Kock, tramada, con encantadora habilidad, por la suerte. Casi todas estas buenas mozas habituadas a una existencia trashumante, han perdido la noción del hogar, y se han encariñado con su condena a trabajos forzados de alegría. Adquieren—¿no lo has visto?—una especie de indiferencia cínica que, con el tiempo, se convierte en algunas, por obra y gracia de la costumbre, en aptitud artística, para los movimientos voluptuosos y las coplas picarescas.

Son madres, sí que lo son; y hasta se sacrifican en ocasiones, por sus criaturas, con un heroísmo más vistoso que real, es cierto, pero que no por eso deja de ser conmovedor. Acarician y miman—¡vaya si nó!—a sus pequeñines, y aseguran que por ellos están en el teatro, y estarían en presidio si fuera forzoso, porque sus ángeles no sufran. Y..... tal parece que estos parlamentos, más aprendidos que sentidos, son la recitación de una tirada de ternuras en la que, por intervalos, se oye la voz del apuntador. Hay exageraciones de mímica, frases declamatorias extraídas del *repertorio grande*, y acomodadas a la situación .... todo un arsenal de recursos dramáticos. El natural sentimiento del amor aparece en ellas disfrazado de opereta para llamar la atención, meter ruido y embaucar a cándidos y sensibles. Aman a sus hijos, a su manera, a tontas y a locas. ¿Y qué culpa tienen? Se les ha pegado el



artificio, y en fuerza de vivir entre telones y bambalinas, adquieren una enfermiza y extraña precipitación para ejecutar todo acto de la vida, como si oyesen de continuo y en cualquier parte la llamada insolente del traspunte.

Yo sé muchas cosas de éstas porque en mis truhanerías y vagabundeos, no ha faltado su episodio *lesagiano* de cómicos y busconas.

\*  
\* \*

El caserón aquel que habité hace siete años y que tú conociste era una *hampa*. ¿Lo recuerdas? Tenía sus vericuetos, sus escondites, sus escaleras secretas, sus pasillos que semejaban encrucijadas, sus corredores que en pleno día, daban la impresión de catacumbas, y después de todo, su patio de claustro en ruinas, con arcadas severas, columnas de fustes ensalitrados y roñosos, cornisas de parásitas, y una fuente seca en el centro, junto a la cual un árbol, de tronco arrugado, abría su gran copa de un verde tan fresco y jugoso, que parecía imposible que en tierra tan árida pudieran hacer tal maravilla las raíces. Pero así como Theo dice que los árboles impiden ver el bosque, yo te aseguro que los habitantes no dejaban mirar la casa: era un hormiguero de gente del pueblo, abajo, y arriba, una nidada de estudiantes, de cómicos, de músicos de la murga, de militares y de oficinistas de última clase. ¡Cómo diablos fueron a dar allí los cantantes menores de la Compañía Sieni!

Ya se ve; los alquileres eran baratos, y el ahorro es una inflexible línea de conducta para esas pobres medianías que se atreven a atravesar el

Océano. Año por año, en la temporada de ópera, eran huéspedes segurísimos: segundos tenores, segundos barítonos, *comprimarios*, cuerpo de coro y bailarinas. Tomaban los cuartos más feos, las habitaciones más oscuras y húmedas, las que nadie quería por más que fuese inconcebible lo ínfimo de la renta. Los viejos vecinos al oír los gritos, de un italiano crudo y áspero, que indicaba a leguas lo bajo y grosero de su origen, solían exclamar, sonriendo, como quien se propone asistir a un regocijado espectáculo:

—Vamos! ya se ocupó la *pajarera*.

Yo era un pájaro intruso de esa jaula, un pájaro que no cantaba, por supuesto; pero que iba de aquí para allá, parlotteando medias voces de la *divina lingua*, barajadas y revueltas con los más exquisitos disparates. Las bailarinas y muchachas del coro, gustaban de reírse de mí, a carcajada abierta, cuando me ponía a charlar, con una desvergüenza inaudita, en el *volapuk* que había compuesto para mi uso particular. A esta desfachatez, que muy claro mostraba mi desparpajo y mi falta de escrúpulos, debí, probablemente, la confianza que a poco andar, adquiría entre la *bande joyeuse* del *Signor Sieni*. Ellas, avaras, calculadoras y vulgares, conteniendo, sin lograrlo a veces, los ímpetus pasionales de la raza, que las obligaban a encapricharse hasta la locura, por unos cuantos días, con el amor efímero, despojado de alas y de carcaj, que se entretenía en cambiar, no cerezas como el de la fábula, sino monedas, por besos y caricias. Ellos, egoístas, coléricos y brutales con sus compañeros de oficio, cínicos y encanallados; todos, *ellos y ellas*, de apariencia amable, decidores, ri-



sueños, complacientes, cómicamente afectuosos; algunos, buenas cabezas de estudio, de fisonomía nerviosa y movable, y de ojos expresivos, veneros de claridades interiores, cual si a cada momento las pupilas, heridas por la luz, chispeasen como el hierro en el yunque.

Entre una de estas familias nómades de la bohemia lírica, ocurrió la aventura. Anda; haz un esfuerzo de memoria. ¿Estamos en Enero? Pues hace siete años precisamente. Eras mi jefe en *El Siglo*. ¡Qué tiempos! ¡Qué sueños! ¡Qué derroche de juventud y de alegría! Muy de mañanita, frente a la gran ventana, llena de cielo, tú, en un extremo de la colosal mesa de tapete verde y polvoso, yo, en el otro, tú escribiendo editoriales y yo crónicas, entre aquel endiablado ruido de martillos y cobres de la herrería vecina, cambiábamos intimidades y secretos. A período terminado sobre la cuartilla, confidencia rehecha en el palique. Y el hilo de oro de la charla se enredaba, como en inquietos devanadores, en el artículo político y el *entrefilet* de crítica. Busca, busca entre tus recuerdos. ¿Por qué locura me has regañado más, joven abate? ¿Qué he hecho yo de menos cuerdo a tu parecer, severo analizador de conciencias? Busca, busca alguna de mis insensateces. ¿No das con la más grande? Bueno, pues te ayudaré. Acuérdate del *italianito*. ¡Ajá! Te sonríes; ya sabía yo que esa iba a ser tu respuesta. Déjame refrescar este suceso; me hace bien contártelo; estoy mirando que has olvidado los pormenores, y además, experimento, cuando vuelvo a él, una sensación de consuelo semejante a la que me produce ver mis premios de escuela, releer mis

primeros versos, y abrir el estuche en que conservo el retrato de mi madre.

En el Elenco, Emma venía anunciada bajo este título, en letras carmesíes: *otra mezzo soprano*, y Antonio bajo este otro: *segundo tenor*.

Emma, alta, elegante, airosa; cabellos rizados y castaños; semblante de palidez de marfil, boca desdeñosa, ojos claros y mansos en perpetua mirada de ternura. Antonio, hombre hecho, erguido, flaco, de larga levita romántica, testa nazarena, de cabellera lacia, en alboroto bajo el sombrero napolitano; cara morena de perfil numismático.

Desde que llegaron a la casa, los vi entrar y salir juntos. Casi nunca se separaban. De vuelta del ensayo, al medio día, o al salir por las noches, antes de las ocho, para la función, pasaban junto a la puerta de mi cuarto. Iban juntos, prendidos del brazo y de la mirada; olvidados, al parecer, de todo, con una lentitud de *dúo* final que, la primera vez mientras se alejaba la pareja por el angosto pasadizo, me hizo exclamar con burla: "Vamos: qué parodia de *Otello*.... *Vien! Vénere splende!*.... Telón lento."

Ellos eran los únicos que pasaban así, silenciosos y enamorados, entre la batahola y alharaca de vecinos y compañeros. De veras que llamaba la atención su gravedad en el bullicio de la *pajarera*. A las tres de la tarde, por las flojas baldosas del corredor, sonaba un redoble de tacones, con acompañamiento de risas agudas y picadas, de tarareos extravagantes, de gritos y exclamaciones, y, a po-



co, por las vidrieras de mi tugurio, cruzaba una procesión de siluetas chinescas, un rápido desfile de figuras en negro, como esas que los prestidigitadores fingen, con la sombra de las manos, sobre un lienzo iluminado. Me levantaba de mi mesa de trabajo, cerraba el libro y me iba a saludar a mis amigos. ¡Oh, la algazara de la jaula, los preparativos de la comida, los cuentos y los chismes de bastidores!

Y allí supe la historia. Emma y Antonio estaban en la luna de miel de un amor delincuente que había comenzado en Italia y que, aprovechando la oportunidad de una contrata, venía a ocultarse en América. Eran de Nápoles; Antonio, casado, con hijos, se enamoró de Emma, su prima. La joven, de la clase media, vivía modestamente con su madre; tenía dos hermanos, oficiales de la marina italiana, casi siempre ausentes, en el mar. Era una niña: diez y siete años. Antonio la vio crecer, desarrollarse, hacerse bella, fuerte, tal como estaba ahora; y el amor de Antonio crecía a par de Emma: era un amor en la plenitud, insaciable, ardoroso, que acabó por hacerle olvidar todo deber, toda preocupación, toda consideración, y dejar a su esposa y a sus hijos y a su patria, para vivir con esta muchacha que lo había enloquecido. Y como dentro de cada napolitano hay un cantante, ellos se engancharon a la Compañía de ópera, no para lucrar ni para adquirir fama y gloria como los otros, sino para poder amarse lejos, libres y olvidados, en medio de las agitaciones del teatro, tal como si estuviesen en una isla desierta.

Emma estaba radiante de felicidad; muy bien lo había visto toda la *troupe*, durante la travesía,

en aquellas noches azules en que, sobre cubierta, sorprendieron a la *otra mezzo soprano* en pie, con los brazos al rededor del cuello de su amante, suspendida de él, en un beso interminable, cuyo rumor apagaba el canto melancólico de las olas.

El relato, entre burlón y dramático, salpicado de malicias y de ironías, me interesó. Coristas y bailarinas se arrebatában la palabra delante mí, en actitudes cómicas y con movimientos de araña, contándome, a su modo, lo que cada cual pensaba de los misteriosos enamorados.

Y una noche, en el segundo entreacto del *Fausto* me dirigí al foro del Nacional y me hice presentar a la pareja—Emma, un delicioso Siebel, adolescente y cándido, y Antonio, uno de los encorvados y barbudos viejos de la *Kermesse*.—Les hablé—¡qué sé yo!—mil y tres vulgaridades, me ofrecí como vecino suyo, y, al terminar la ópera, vinimos juntos a casa. Al principio, los vi recelosos, desconfiados, con una contrariedad que les salía por los poros y que yo procuraba calmar con la franqueza de mi carácter: pero después, mis saludos graves, mis pláticas de cinco minutos, y mis galanterías y mis ceremonias, se fueron tornando, como era natural por el trato diario, en una tranquila y respetuosa confianza.

Domé a las fieras. La tarde en que Antonio llamó a mi puerta, y con voz insinuante y suave me convidó a comer, tuve un mal disimulado acceso de alegría. Fui con él: y allí acabé de conocer el secreto. No vivían solos, los acompañaba la madre de Emma, que no salía jamás de su rincón.

De vecinos pasamos a amigos, y de amigos a camaradas.



En la habitación, pobre, un poco sucia, como la de todos estos artistas menores, de paredes desnudas, camas de campaña desarregladas, sillas viejas y corrientes, y una mesa de palo, cargada de restos de viandas, papeles de música y botellas vacías, me pasé las horas más deliciosas de mi juventud.

No por ellos..... ¡quí! ellos se iban al ensayo o al paseo, o a cualquier parte, prendidos del brazo y de la mirada, y yo me quedaba con la *mamma*, una viejecita toda blanca, de fisonomía purísima, unciosa y demacrada, nariz gruesa, boca de labios delgados, dolorosamente risueños, y ojos grandes, tristes, de un verde pálido, como dos gotas de agua del Adriático iluminadas por la luna. Por no sé qué asociación de sueños místicos, la *mamma* me recordaba a León XIII; algo había en aquel conjunto del anciano piadoso y santo que años más tarde hizo atravesar Bourget, como una inmaculada epifanía, por uno de sus libros más dolientes. Llegué a ser inseparable compañero de aquella viejecita, toda blanca. Olvidado de las conquistas fáciles y de las compañías bulliciosas, me enamoré de aquel rincón de hogar, el único de la *pajarera* adonde no llegaba el hálito perturbador e impuro del deseo.

Día por día, entreabrí la puerta, preguntando:

—¿*Che fa la mamma?*

—*Prego.....*

En efecto, en la penumbra, junto al muro, sentada en la silla baja, con el rosario entre las manos y la cabeza abatida sobre el pecho como si la abrumase una infinita pesadumbre, la pobre vieja rezaba, con una fervorosa devoción que sólo he visto en las mujeres italianas, y las oraciones que yo

sorprendía, en un instante, dichas en voz imperceptible, se rompían en sus labios para contestar a mi pregunta:

—*Prego.....*

Y alzaba la frente, y sonreíame con una apacible dulzura, tan impregnada de melancolía que removía en mi ser un sentimiento, vago y delicado, de piedad filial.

La confianza principiaba siempre, serena y suave, por el recuerdo de la patria. Yo procuraba consolar aquella desolación, obligando al pensamiento a acariciar cosas amadas y lejanas: el Golfo azul y centelleante, el Posílipo paradisiaco, las rojas iluminaciones del Vesubio, la Galería Humberto, las calles y los templos de Nápoles; narraciones ingenuas, nimiedades sencillas, pormenores insignificantes llenos de interés, toda esa filigrana de detalles que en su *pauca meæ* guardan las almas buenas que han amado y sufrido mucho.

Y la voz de la *mamma*, pausada, con vibraciones de cristal, tranquila y dulce como un cántico, entretrejida con suspiros, pronunciando palabras toscanas, aladas y sedeñas como las palomas, era una mágica evocación de mis sueños. ¡Oh, qué delicia aquella; semejante a la del monje que oyó cantar el ruiseñor siglos y siglos!

Mas cuando de improviso, al tocar un recuerdo doloroso, la memoria retrocedía espantada; ¡qué veladas amarguras, qué reticencias pudorosas, qué ocultamientos y escondites para no dejarme ver las secretas heridas del corazón!

Luego, la plática descendía a lo presente, a sus hijos, a los jóvenes y arrogantes marinos, cuyas cartas me enseñaba la anciana para que las leyé-



ramos juntos, yo delectando, y ella con los ojos muy brillantes, muy fijos sobre el papel, como si mirase, en una soberana alucinación, el buque en alta mar, desde donde dos oficiales, agitasen sus pañuelos, a la sombra de la ribera entrevista en la diafanidad del horizonte.

De Emma hablaba poco, pero con lástima, mise ricordiosamente, en un tono de reproche, casi de disgusto, que dejaba asomar a los labios el acíbar de un desencanto. Emma era caprichosa, amaba el Arte, y con su primo Antonio, había cometido la locura de hacerse cantante.

—...Pero pronto alcanzará la gloria, *mamma*, está muy joven.

Y con un mohín de incredulidad y de escepticismo, la vieja me contestaba:

—Bah.....! la gloria.....

Hasta que, al fin, una noche en que se prolongó por muchas horas mi visita, y la conversación se hizo más cordial, más íntima, como si fuese un diálogo de latidos de corazón a corazón, la *mamma*, excitada, nerviosa, estremecida por los sollozos, ahogada en lágrimas; con los brazos torcidos y las manos crispadas, en un arranque de angustiosa desesperación, no pudiendo ya contenerse, me confesó todo, la seducción de Antonio, la caída de Emma, su fuga, porque esta era una fuga, un pretexto para huir y ocultar la vergüenza y el delito de una pasión sensual. Era cierto; allí quedaban, en Nápoles, la esposa entregada a su despecho, los niños abandonados, el hogar vacío, y en el duro servicio de la escuadra italiana, los dos honrados muchachos, que creían en la vocación artística de la *sorella* y esperaban que volvería triunfante y cele-

brada. Ella había seguido a los amantes obligada por el amor y la necesidad, incapaz para resistir la ausencia de su hija, prefiriendo verla así, encadenada a la deshonra, a no verla, temerosa de perder para siempre a esta mala niña; sumisa al pesar, afligidísima, inconsolable. Y con un acento más triste, más conmovedor, más doloroso, me repetía, como si no estuviese segura de que yo estaba comprendiendo su desgracia:

—Va a ser madre, amigo mío, muy pronto va a ser madre.

Ya había yo oído el rumor en la *pajarera*. Se contaba *sotto voce*, en el coro malevolente, la noticia. La joven napolitana no podía ocultarlo. En el teatro mismo se le notaba. Y fué preciso retirarla del trabajo.

En quince días no salió más. Escondida en el rincón de su lecho, esperaba la vuelta de Antonio, con una ansiedad apasionada que irritaba a la *mamma*. Debía Emma de sufrir mucho con los reproches, porque, cada vez que entraba yo a verla la sorprendía llorosa, y hasta me pareció que mi visita interrumpía siempre una escena de borrasca.

La noche del alumbramiento, poco antes de las doce, Antonio llamó a mi cuarto; me despertó a gritos, llorando como un chicuelo:

—Emma está mala, muy mala, se nos muere.

Y corrimos por la partera, y por el médico y por las medicinas, desalados, contando los minutos, creyendo que una tardanza podría acarrear la muerte, con el pánico de una próxima catástrofe.

No, no; al amanecer, la otra *mezzo soprano*,